



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo
Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages

Reche Ontillera, Alberto; Souza, Guilherme Queiroz de; Vianna, Luciano José (Eds.).

Dario Testi¹

La Segunda Guerra Medica desde una perspectiva militar: la batalla de Platea y el papel de los hoplitas

The Second Greco-Persian War from a military perspective:
the battle of Plataea and the role of the hoplites

Resumen:

Las Guerras Medicas son los dos acontecimientos fundamentales para la historia de Grecia y de Occidente, si usamos un término anacrónico, que abren el siglo V a.C. Introducen en el pequeño y desunido mundo helénico la guerra total, cuando los ejércitos y las armadas de rey Darío el Grande (492-490) y luego de su hijo Jerjes (481-479) fracasan contra los guerreros de pequeñas ciudades autónomas, las *poleis*. Tras una de las derrotas menos humillantes de la historia (Termopilas, 480) y dos choques navales (Cabo Artemisio y Salamina, 480), la coalición de los griegos libres* encara el grueso de las formaciones de batalla persas en Platea (479). La infantería pesada helénica (hoplitas) y su formación consiguen entonces una de las victorias más celebradas de la historia militar.

Palabras-Clave:

Guerras Médicas; Batalla de Platea; hoplitas.

Abstract:

The two key events in the history of Greece and, to use an anachronistic term, the “Western World”, were the Greco-Persian Wars at the beginning of the 5th century BC. They brought total war to the small, divided Greek world when the armies and fleets of the great king, Darius the Great (492-490) and later those of his son Xerxes (481-479) repeatedly suffered defeat at the hands the warriors of small independent cities, the *poleis*. After one of the least humiliating defeats in history (Thermopylae, 480) and two naval battles (Cape Artemisium and Salamina, 480), the coalition of free Greeks faced the bulk of the Persian forces at Plataea (479), with the Greek heavy infantry (hoplites) winning one of the most famous victories in military history**.

Keywords:

Greco-Persian Wars; Battle of Plataea; hoplites.

¹ Estudiante del Programa de Doctorado “Cultura y Pensamiento Europeo y su Proyección” de la Universidad de León.

1. Introducción

El largo siglo V² empieza y termina para el mundo griego fuera de sus fronteras metropolitanas, es decir, en Asia Menor (Mileto, 499; Sardes, 498) y en Mesopotamia (Cunaxa, 401). El fenómeno es debido a una larga rivalidad entre los helenos y los persas que terminará con la extraordinaria empresa de Alejandro III de Macedonia, conocido como Magno.

Cuando estas dos realidades tan diferentes entran en colisión, empezando por Asia Menor donde los griegos habían establecido algunas de las cientos colonias fundadas en la cuenca del Mediterráneo, los persas dominan un imperio floreciente³ que extiende sus fronteras hasta India, incluyendo Egipto. Gracias a la posibilidad de recaudar impuestos y alistar cientos de miles de guerreros en un territorio de 3.000.000 de km² (Bettalli, 2006: 133) los reyes persas,⁴ soberanos absolutos, pueden aplastar las *poleis* asiáticas y aglutinarlas en sus satrapías⁵ más occidentales. Sin embargo seguirá la reacción de algunas de las ciudades anexionadas al imperio.

El acontecimiento histórico conocido como “sublevación de Jonia” se configura como una revuelta: política, contra los tiranos locales y contra los Aqueménidas; económica, contra la conquista y el control ejercitado por los persas en los estrechos del Mar Negro (o Ponto Euxino) y los impuestos recaudados por los sátrapas del Gran Rey (Bettalli, 2006: 135, 136). La que podríamos entonces definir “sublevación para alcanzar la *isonomía*”⁶ fracasa,

² Salvo indicación en contra, las fechas del artículo se refieren al periodo anterior a Jesucristo.

³ Un imperio floreciente aunque a menudo dividido por revueltas, insurrecciones y crisis dinásticas: “*Si bien el imperio del Rey era poderoso por la extensión de su territorio y por su número de hombres, igualmente era vulnerable por la distancia de sus vías de comunicación y por la dispersión de sus efectivos militares en caso de un ataque relámpago.*” (Jenofonte, 2006: 58)

⁴ En nuestras fuentes los términos “persas” y “medos” (*medoi* en griego) son usados como sinónimos y lo mismo haré en este artículo. En realidad los medos son los antiguos dominadores de los persas, vencidos por Ciro el Grande (reino 559 - 530), fundador de la dinastía de los Aqueménidas. De aquí el término “Guerras Medicas”, pero el mismo Heródoto da prueba de conocer muy bien la distinción entre los dos pueblos.

⁵ La satrapía es introducida por Darío I (Heródoto, 1999: 346) como unidad o demarcación administrativa con la función de racionalizar la organización del imperio, incluyendo la regularización de los tributos.

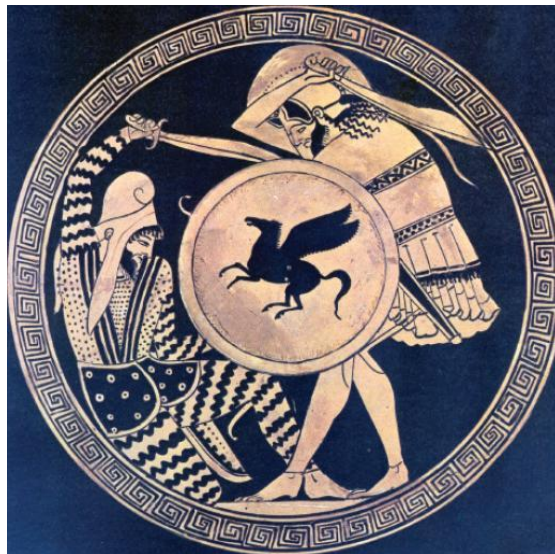
⁶ “*Igualdad ante la ley*” (Heródoto, 1999: 507).

pero este acontecimiento es fundamental para el sucesivo cuarto de siglo de las *poleis* griegas: Atenas y Eretria han apoyado la revuelta a través de una pequeña flota. El mismo Heródoto expresa sus dudas en atribuir al envío de 25 naves la causa de la invasión que los dos reyes persas desencadenan contra Grecia:⁷ es probable que los medos hayan encontrado un *casus belli* para la anexión de un territorio fronterizo, hecho habitual para todas las potencias políticas y militares de la historia.

El objetivo de este trabajo es analizar el papel técnico-militar de la infantería pesada de las *poleis* griegas en el contexto de la Segunda Guerra Medica: de hecho no intenta añadir nada a lo que ya conocemos sobre la historia, la cultura y la sociedad helena del siglo V, que podemos estudiar en los manuales citados en la bibliografía final. El artículo empieza con una síntesis de las primeras fases de la segunda invasión persa hasta la batalla de Platea y luego desarrolla un análisis de las diferentes fases del choque, para averiguar la importancia de los cuerpos rivales que participan en el enfrentamiento. En el cuarto apartado veremos de manera más técnica, profunda y detallada las armas, las armaduras y las tácticas de los hoplitas, los infantes acorazados protagonistas de la victoria griega contra los medos. Las fuentes literarias serán imprescindibles para nuestro trabajo, es decir, las crónicas que los autores más conocidos y destacados del siglo V nos han dejado, siendo contemporáneos de los acontecimientos narrados. Siguen en orden de importancia las comedias y las tragedias, espejo de la mentalidad y del pensamiento de algunos de los protagonistas de los hechos y de sus conciudadanos. La arqueología, en fin, nos ayuda en la reconstrucción historiográfica a través del estudio de los diferentes hallazgos que el mundo helénico nos ha dejado, en particular las pinturas vasculares (es el caso de las dos imágenes insertadas en el artículo) y las armas de los protagonistas de los acontecimientos bélicos, por supuesto las pocas que han sobrevivido hasta nuestro presente.

⁷ Dice: “Estas naves fueron el origen de las calamidades que sufrieron griegos y barbaros” (Heródoto, 1999: 545) y luego: “El castigo de estas dos ciudades era solo un pretexto para su campaña; en realidad su intención era someter todas las ciudades griegas que pudieran.” (Heródoto, 1999: 582). El cronista se refiere en este segundo juicio a Mardonio, yerno del Gran Rey Darío I y general del ejército persa en ocasión de la Segunda Guerra Medica.

Imagen 1



Kylix, siglo V, National Museum of Scotland.
 Choque entre un hoplita griego y un infante-arquero persa.

2. La Segunda Guerra Medica

“Tanto los que son culpables como los inocentes sufrirán el yugo de la esclavitud.”
 Jerjes al consejo real de Persia (Heródoto, 1999: 648)

La Primera Guerra Medica es un acontecimiento extraordinario para los griegos, que consiguen dejar momentáneamente de lado las guerras intestinas,⁸ reunir una alianza provisional y vencer en la batalla de Maratón (490). A pesar de la inferioridad numérica de 1 a 2 (Juan José Sayas, 1989: 483, 484), los hoplitas atenienses y sus aliados derrotan y rechazan al invasor, persiguiéndolo hasta sus navíos y logrando su retirada.

Para los medos la invasión de Grecia es un objetivo secundario y tras el primer intento tienen problemas más importantes que solucionar: la muerte de Darío I y las sublevaciones de Babilonia y Egipto.⁹ Los griegos también

⁸ Las invasiones de los persas constituyen breves paréntesis en la larga y casi ininterrumpida secuencia de guerras que las *poleis* griegas luchan contra otras *poleis*, como subraya Tucídides: “Combatían sobre todo aisladamente, vecinos contra vecinos.” (Tucídides, 1989: 57).

⁹ “Al principio Jerjes no tenía ningún interés por salir en campaña contra Grecia, en cambio reclutaba un ejército contra Egipto.” (Heródoto, 1999: 645).

vuelven a su usual ocupación, es decir, enfrentarse a otros griegos. Los atenienses entretanto, gracias a la intervención del arconte Temístocles, invierten fondos públicos importantes en la construcción de una flota, que resultará decisiva a la hora de encarar los persas en la segunda invasión.¹⁰

Tras cuatro años de preparación, al fin, Jerjes mueve sus fuerzas, en la imposibilidad de quedarse por detrás de sus antepasados. La imagen que Heródoto nos deja del rey es de un personaje extraordinario, claramente ajeno al mundo helénico, que alista cientos de miles de guerreros, que manda que sea escavado un canal artificial y que un doble puente de barcos ate el Helesponto (Dardanelos). Pero no es todo: el poderío del Rey de reyes es tal, y lo vemos por ejemplo en sus apelativos, que tampoco el mar puede oponerse a su voluntad y por eso es “castigado”, marcado con hierro candente, azotado y encadenado por haber desafiado la empresa con una tempestad (Heródoto, 1999: 668, 830).

Mientras Jerjes precede al ejército y la armada con embajadores, que piden una ofrenda de tierra y agua como prueba de sumisión, Atenas y Esparta reúnen y dirigen una coalición de *poleis* griegas. Intercambian entonces heraldos y convocan congresos con el objetivo de dejar de lado las viejas animosidades y hacer frente al enemigo, en la firme voluntad de defender la libertad y la independencia de Grecia. De todos modos no existe un proyecto político duradero, como en ocasión de la Guerra de Troya: se reúne una alianza contra un problema y, una vez solucionado dicho problema, la alianza termina y los contrayentes vuelven a sus asuntos particulares y a enfrentarse entre sí.

Mientras algunas ciudades ceden a la aplastante superioridad numérica de los medos,¹¹ y por eso no serán fácilmente perdonadas por la coalición griega, los espartanos obtienen el mando del ejército y los atenienses de la flota, en virtud de sus respectivas supremacías. Por segunda vez entonces, desde la

¹⁰ “Temístocles convenció a los atenienses, que estaban en guerra con Egina, y cuando la invasión bárbara era ya algo inminente, a que hicieran construir las naves que luego lucharon.” (Tucídides, 1989: 57). Heródoto hace referencia en su crónica al “muro indestructible de madera” (Heródoto, 1999: 718) que el oráculo de Delfos habría sugerido a los atenienses para liberar a Grecia de la amenaza persa. El mismo Heródoto, de hecho, nos refiere un juicio importante sobre el asunto por boca de Jerjes: “*si aquí permanecemos sin hacer nada, los atenienses no permanecerán igual.*” (Heródoto, 1999: 654, 655).

¹¹ Véase por ejemplo el caso de Tebas, en Beocia, de Argos, en Argólida, o de la tetarquía de Tesalia: es un fenómeno que los historiadores llaman “filomedismo” o “medismo” y usan el verbo “medizar”.

Guerra de Troya (Tucídides, 1989: 47), los griegos se preparan para llevar a cabo algo en común.

Las cifras ofrecidas por los historiadores antiguos son un problema constante, y no solo cuando se estudia un pasado tan lejano, pero los números más racionales relativos al ejército de invasión de Grecia parecen ser 100.000-200.000 soldados y 600 naves (Juan José Sayas, 1989: 488).¹² Muy indicativo de la desproporción entre las dos fuerzas es el juicio expresado en *Lisístrata* por Aristófanes: “*no eran menos hombres que la arena los persas.*” (Aristófanes, 1987: 308)

Los griegos, entonces, tienen que añadir la astucia a los conocimientos tácticos, estratégicos, a la superioridad de los armamentos y al coraje, porque toda la sabiduría de la filosofía, el mármol de los templos y el bronce de los hoplitas no podrían contrarrestar un ejército tan poderoso. Comenta Jerjes a Damarato: “*Yo creo que ni aun si Grecia entera y todos los pueblos occidentales se juntaran, no estarían a la altura de oponérseme.*” (Heródoto, 1999: 699)

Los estrategos helenos demuestran entonces su agudeza encarando a los persas por tierra y por mar en estrechos angostos, aprovechando las defensas naturales para intentar anular su ventaja numérica.¹³ Siguen entonces las batallas casi contemporáneas de las Termopilas y de Cabo Artemisio (480). Poco más de 5.000 griegos (Heródoto, 1999: 753, 754) luchan hasta el agotamiento y la aniquilación en un paso de 15 metros de anchura, situado entre un monte escarpado e inaccesible, el mar, una región pantanosa y protegido por un muro. El rey espartano Leónidas encabeza la infantería pesada, con sus 300 caballeros.¹⁴ Entretanto la flota aliada, ateniense en su mayor parte, aun en aplastante inferioridad numérica consigue encarar la armada persa, ya dañada por una tempestad. Los navarcas helenos han conseguido atraer el enemigo donde “*el mar de Tracia, que es muy dilatado, se va*

¹² Heródoto expresa cifras que no es posible aceptar como fiables: según nuestro cronista el ejército de Jerjes sería constituido por más de 5.000.000 de hombres (Heródoto, 1999: 746), de los cuales la mitad serían guerreros y, a este número desproporcionado, tendríamos que añadir concubinas, eunucos, animales de tiro *et cetera*.

¹³ “*Por ahí los barbaros no podrían ni sacar partido de sus masas de combatientes ni desplegar su caballería.*” (Heródoto, 1999: 741).

¹⁴ El título “caballero” es puramente honorífico porque los espartiatas de Leónidas, los nobles de Esparta, luchan codo con codo en la formación de infantería. De todos modos este número se repite muchas veces en las fuentes.

estrechando y conduce a un canal angosto.” (Heródoto, 1999: 740). Los trirremes¹⁵ fenicios al servicio de los medos, entonces, se obstaculizan entre sí por culpa de su número y no consiguen destrozar una flota enemiga en desventaja numérica y rodeada. Tras la derrota de las Termopilas, sin embargo, la inutilidad estratégica de la defensa de Cabo Artemisio fuerza los aliados a retirarse, en la imposibilidad de controlar y defender la costa y de abastecerse.

Ahora el mensaje para los estrategos griegos es claro: el desafío contra los persas no será veleidoso, no estará necesariamente destinado al fracaso. Los medos, contemporáneamente, empiezan a temer a los hoplitas, tras la derrota de Maratón y la difícil victoria de las Termopilas, debida también a la traición de un miembro del ejército heleno: Efiálfes revela a los persas la existencia de un sendero para rodear los griegos y cerrarles entre dos frentes. Opuesto es el juicio de los helenos sobre los persas, ya después de la batalla de Maratón: *“hasta entonces sólo oír el nombre de los medos a los griegos les infundía terror.”* (Heródoto, 1999: 622) La increíble resistencia ofrecida en las dos batallas, contemporáneamente, confirma la validez de la idea de usar las defensas naturales del suelo y del mar de Grecia contra el número del enemigo.

De nuevo, entonces, la conformación geográfica impone la estrategia: por eso el ejército peloponesio se fortalece en el istmo de Corinto y la flota aliada se retira hasta la isla de Salamina, dejando Atenas indefensa contra las fuerzas de invasión persas. La ciudad es saqueada y quemada, como recuerda Aristófanes en *Las Avispas*: *“llegó el bárbaro, envolviendo en humo toda la ciudad y pegándole fuego.”* (Aristófanes, 1987: 96) Los atenienses, de hecho, no poseen un ejército que les permita defender su *polis* sin la intervención de otras tropas aliadas, mientras el ejército de Jerjes sigue alistando guerreros locales en su avanzada, engrandeciendo su superioridad numérica.

El navarca espartano Euribíades es entonces convencido por Temístocles a mover la armada contra el invasor, en una acción imprescindible para la suerte del conflicto, tal que Heródoto comenta: *“En esta guerra todo nos depende de las naves.”* (Heródoto, 1999: 804) De nuevo el número se vuelve contra los persas: la primera línea es derrotada y, huyendo, choca contra la segunda y transforma la formación en una maraña de pecios y chatarra. Los trirremes fenicios, entonces, no consiguen maniobrar y son perseguidas y destrozadas por los griegos, mientras Jerjes contempla la derrota de su armada desde su trono en la costa ática: *“de cadáveres llena, en hora infausta muertos, está la costa de Salamina.”* (Esquilo, 1983: 49)

¹⁵ El trirreme es la embarcación más citada en nuestras fuentes, usada tanto por los fenicios como por los griegos y por los otros pueblos de la cuenca del Mediterráneo. Los fenicios, en particular, son los marineros mercenarios más apreciados por los reyes persas.

Tras el desastre en el estrecho brazo de mar de Salamina, el Gran Rey se retira hasta Sardes y su campaña de invasión de Grecia termina. Deja entonces el mando a Mardonio, que se desplaza con su ejército a Tesalia para invernar, aunque intenta sobornar al bando griego para dividirlo antes de volver a atacar. La armada aliada, entretanto, aprovecha la victoria para conseguir objetivos menores y retrasa el ataque final contra la flota enemiga.

Mientras los persas conquistan y queman por segunda vez Atenas sin que nadie consiga pararlos, los peloponesios deciden entonces dejar el istmo de Corinto y encarar en batalla al enemigo. El suelo de Ática no es apto para el despliegue de la caballería siendo irregular, montañoso y pedregoso, estropeando las pezuñas de los animales (Heródoto, 1999: 864; Tucídides, 1989: 663), por eso los persas se retiran hasta Platea, para poder utilizar de la mejor manera posible sus ingentes fuerzas a caballo.

3. La batalla de Platea

“La batalla decisiva no se librará con troncos de madera, sino con hombres y caballos.”
 Mardonio tras la derrota de Salamina (Heródoto, 1999: 824)

El ejército persa hasta entonces ha alcanzado victorias y sufrido derrotas, pero sigue teniendo una sensible ventaja numérica. El debate historiográfico propone datos muy diferentes, desde 40.000 (Juan José Sayas, 1989: 491) hasta subir a los 350.000 (Heródoto, 1999: 832) hombres, mientras los griegos contarían entre 30.000 (Juan José Sayas, 1989: 491) y 110.000 (Heródoto, 1999: 877) hombres, entre infantería pesada y ligera, al mando de Pausanias. Lo que está claro es que en el campo de Platea se decidirá el éxito del conflicto, es decir, si los griegos podrían guardar su libertad o si serán sometidos al imperio aqueménida. No es plausible suponer que los helenos habrían podido alistar y organizar otro ejército parecido en caso de derrota. Es un hueste increíble si consideramos el tamaño de las ciudades y el total de la población del conjunto de los griegos, sobretodo en relación con los mismos datos relativos al imperio persa.¹⁶ Los helenos, de hecho, alinean una cantidad de hombres que no es habitual en Grecia y que determina no pocos problemas logísticos.

¹⁶ Los espartanos, por ejemplo, han movilizado 5.000 espartiatas en un total de 8.000 (Heródoto, 1999: 768, 862): estamos hablando entonces del 62,5% de los ciudadanos. Atenas alinea 8.000 hoplitas (Heródoto, 1999: 877) y el cronista nos informa que la *polis* tiene 30.000 ciudadanos en 499 (Heródoto, 1999: 544): en Platea encontramos entonces el 26,6% del total de la ciudadanía.

Encerrada entre el monte Citerón y el río Asopo, la formación griega sufre repetidas cargas por los jinetes enemigos pero, tras la muerte de su jefe Masistio, siguen diez días de espera sin choques importantes. Enfrente del campamento heleno se colocan los guerreros de las 46 naciones del imperio persa, desde los egipcios hasta los indios, con la infantería y la caballería del Gran Rey como tropas de élite.¹⁷ El apuro táctico para los invasores, sin embargo, es la falta de infantería pesada¹⁸ entre las tropas persas, el eje del ejército de Mardonio, que encaran a los hoplitas griegos generalmente sin coraza,¹⁹ sin casco, sin grebas, con capas que dificultan los movimientos y lanzas más cortas que las del adversario (Heródoto, 1999: 512, 897). Los escudos de mimbre entrelazado (*spara*), a pesar de su peso reducido y de sus grandes dimensiones, no tienen la misma resistencia que el modelo adversario, de madera y bronce. Clavados en el suelo, además, constituyen una barrera contra el enemigo detrás de la cual disparar flechas, pero esta táctica deja al guerrero sin protección una vez rota y superada la barrera por los hoplitas (Heródoto, 1999: 896, 918, 102). De todos modos los infantes disponen también de escudos individuales circulares (*taka*), ovales con aberturas en los lados largos (*dypilon*) o con forma de medialuna, según los cuerpos, siempre en cañas trenzadas y cuero. No podemos afirmar o negar con certidumbre si los jinetes tienen o no escudo.

Entretanto no debe de ser asunto simple abastecer una cantidad tan grande de hombres, si consideramos la necesidad individual de un kilo y medio de grano diario (Heather, 2006: 82), y este dato puede ser un buen empuje para reducir los números ofrecidos por las fuentes contemporáneas a los acontecimientos. De lo contrario unos 2.500.000 de soldados asiáticos devorarían más de unas 100.000 toneladas de grano cada mes. Los griegos

¹⁷ Por eso en este artículo me refiero al ejército multiétnico con el término de “ejército persa”, y a las tropas de etnia persa con “infantería y caballería persa”: es como decir “ejército griego” e “infantería ateniense”.

¹⁸ Infantería pesada en el sentido griego de comienzos del siglo V, es decir, acorazada de metal desde la cabeza hasta los pies y con un escudo de listones de madera y partes metálicas.

¹⁹ Heródoto nos describe dos tipos de corazas en uso en la infantería persa: una de modelo egipcio y otra de láminas metálicas como escamas de peces (Heródoto, 1999: 144, 682), mientras Jenofonte describe la coraza de Ciro el Joven, el pectoral y la protección de los muslos de sus caballeros catafractos, en ocasión de la batalla de Cunaxa (Jenofonte, 2006: 67, 68). Sumando estos datos con las pinturas vasculares podemos afirmar que las tropas y los jinetes persas disponen de corazas de diferentes tipos, incluso cascos de metal y armaduras para las piernas, pero podemos suponer que una parte considerable de los soldados de infantería tiene el pecho defendido por protecciones forradas de lino o cuero, o por la sola túnica.

tienen otro problema: son constantemente atacados donde resultan más débiles por los jinetes adversarios, que se aprovechan de su superior movilidad para rodear al ejército y golpear en las líneas de comunicación.

Mardonio casi consigue desbandar el frente griego y condenarlo a la derrota, atacando sin parar con los jinetes tebanos y con los arqueros a caballo,²⁰ demasiado rápidos para ser perseguidos sin romper la formación. Los estrategos deciden entonces desplazar el ejército a un lugar pantanoso, donde la caballería enemiga no pueda aprovecharse de su velocidad y agilidad, pero los jefes no consiguen coordinar la maniobra y la formación griega interrumpe su continuidad. Los atenienses (en el flanco izquierdo)²¹ piensan que los espartanos (en el flanco derecho) quieren retirarse y no son rápidos en moverse hacia el centro de la formación, para cerrar el hueco dejado por el desplazamiento de los lacedemonios. Al contrario: para intentar acercarse a los espartanos se equivocan y se alejan aún más, bajando hacia el valle.

Los lacedemonios y los atenienses, las tropas más significativas por número e importancia en el mando, son separados por kilómetros de frente. Mardonio entonces, aprovechando el momento de dificultad técnica del enemigo y pensando en una retirada de las tropas de Esparta, la elite de los griegos, cruza a toda velocidad el río Asopo: “*si los griegos no valen absolutamente nada, ellos son los peores de los griegos.*” (Heródoto, 1999: 894) Los lacedemonios son cargados por la caballería y atacados por los arqueros, mientras la infantería persa se aproxima y se prepara al choque: “*arqueros y jinetes, de aspecto terrible, y en la lucha invictos por su coraje.*” (Esquilo, 1983: 38)²² Los atenienses, entretanto, mientras intentan desplazarse para ayudar al centro de la formación y prestar sus arqueros a los espartanos para rechazar los caballeros adversarios, son cargados por los griegos alistados por los persas, tanto infantes como jinetes.

El resultado de la batalla depende entonces del ala derecha de la formación aliada, la flor y nata del mundo griego, con el muro de bronce

²⁰ “*Eran arqueros montados y era difícil aproximarse a ellos.*” (Heródoto, 1999: 889).

²¹ Recordamos como el flanco izquierdo de un ejército A encara el flanco derecho del ejército B, por visión a espejo. Por eso los atenienses (izquierda griega) encaran las tropas griegas alistadas por Jerjes (derecha persa), mientras los espartanos (derecha griega) arrostran la infantería persa (izquierda persa).

²² Los arqueros persas, en particular, usan el arco compuesto, constituido por tres capas superpuestas (madera, hueso y tendón cardado), cuyo alcance y potencia son superiores a los de los mejores arcos de los griegos (Jenofonte, 2006: 147). Esta arma es el símbolo de los persas, que en la homónima tragedia de Esquilo son llamados “flechas” por metonimia, en oposición a las “picas”: los griegos (Esquilo, 1983: 42, 46, 47).

constituido por los escudos de los espartiatas lacedemonios que paran la nube de flechas enemigas sin perder el orden. Los persas mueven entonces la infantería de elite, la izquierda de su formación, contra los espartanos. Estos, que se habían quedado pasivos ante la imposibilidad de responder al ataque de los arqueros, cuando son cargados por la infantería se lanzan a la carrera para disfrutar de todas sus capacidades bélicas. Cuando el ala derecha de los griegos toma iniciativa y carga, la izquierda de los persas resiste hasta la muerte de Mardonio. Una vez caído su general es pronto rechazada y, retirándose, choca contra su mismo centro causando confusión en su ejército, mientras los atenienses consiguen derrotar al ala derecha de la formación enemiga.

Todo el frente de los medos se rompe y fracasa, con el centro de los griegos que es entonces motivado a contraatacar y se une a la avanzada helena. Solo la caballería logra mantener el orden y proteger la retirada de la infantería, mientras el ejército se retira en desorden hasta una fortaleza de madera, donde es asaltado y masacrado: amontonados en un lugar demasiado estrecho, los defensores no consiguen maniobrar, ni tampoco defenderse. “*Pausanias, hijo de Cleómbroto y nieto de Anaxándridas, logró la más espléndida victoria conocida hasta entonces.*” (Heródoto, 1999: 897)

Al final de la batalla Heródoto cuenta 3.000 supervivientes persas contra menos de 800 muertos entre los aliados griegos, incluyendo 600 megarenses que no han participado a la batalla y que cargan sin orden en el momento de la retirada enemiga: son localizados y masacrados por los jinetes tebanos (Heródoto, 1999: 900, 901). Aristófanes, en *Los Caballeros*, recuerda las hazañas de los atenienses, que han arrostrado con coraje la amenaza persa:

“Queremos elogiar a nuestros padres, porque fueron hombres dignos de nuestro país y del peplo, pues en batalla de a pie y con el ejército naval triunfando siempre, dieron honor a esta ciudad. Porque ninguno de ellos, cuando vio a los enemigos los contó, sino que su corazón era su defensa.” (Aristófanes, 1991: 113, 114)

El mismo día de la victoria de Platea, siempre según nuestro cronista, la flota helena encuentra y destroza la armada persa, cuando los trirremes habían sido remolcados a la playa. Una vez muertos los defensores y quemadas las naves, los griegos son finalmente libres para reparar los daños causados por la guerra, enterrar los muertos, dar las gracias a los dioses y volver a luchar entre sí, en conflictos menores por lo menos hasta el año 431 y la Guerra del Peloponeso.

4. El papel de la infantería pesada: el hoplita, ciudadano soldado

En la historia militar de Occidente desde la *Iliada*, como primera fuente escrita de un acontecimiento bélico, por lo menos hasta el siglo X d.C., el eje de los ejércitos es constituido por la infantería pesada, a nivel numérico y de importancia en el choque. La idea de “infantería pesada”, por supuesto, se desarrolla a lo largo de estos veintidós siglos pero, en general, se refiere a un cuerpo constituido por guerreros con armadura, escudo, armas blancas y que luchan en una formación.

Esta formación puede tener diferentes formas, pero en este trabajo analizamos la básica, es decir, rectangular, con los soldados orientados hacia el lado largo. Es constituida por una serie de líneas progresivas, cada una de las cuales está compuesta por infantes que juntan sus escudos para constituir algo que tanto los historiadores militares como los cronistas parangonan a un muro. Esta formación entonces, como una superposición de muros de escudos paralelos constituidos por las diferentes líneas, encara una análoga formación adversaria. Las dos respectivas primeras líneas chocan entre sí con sus escudos y empujan, mientras las otras líneas del mismo bando se acercan hasta juntarse y añaden su fuerza de empuje a los compañeros que están en contacto con el enemigo. Si una formación cede por el superior empuje adversario puede retirarse en relativo orden, y contener las bajas, o desbandarse, huir, descomponerse y ofrecerse a la masacre por el enemigo, con los guerreros del mismo bando que se pisotean y se aplastan entre sí.

La aplicación de este modelo básico y teórico a la realidad del campo de batalla presenta cientos de variantes, porque añadimos: 1- obstáculos naturales, desde la conformación del terreno hasta un río, que pueden alterar la formación hasta romperla;²³ 2- las condiciones de los guerreros, tanto morales como físicas, que pueden ser veteranos preparados o reclutas, bien nutridos y descansados o hambrientos y agotados, dirigidos por oficiales hábiles o menos hábiles, pueden incluso encarar al adversario con coraje o dar media vuelta y huir antes del choque; 3- el enemigo, por supuesto, que puede presentar una formación análoga pero también infantería ligera,²⁴ caballería y maquinas

²³ Las formaciones de hoplitas arcaicos y clásicos, y sobre todo las falanges macedonias, necesitan un terreno plano y sin obstáculos o interrupciones para poder avanzar y luchar. En Pidna (168), por ejemplo, el ejército romano se aprovecha de la irregularidad del terreno para asaltar la falange descompuesta y vencer la batalla.

²⁴ Con el término muy genérico de “infantería ligera” me refiero a las tropas, sean arqueros, lanzadores de dardos, de jabalinas u honderos, que no pertenecen a la formación de los hoplitas y que no tienen armadura ni escudo pesado. De hecho este cuerpo es la respuesta para aquellas clases sociales que, obligadas por la ley de su ciudad a prestar el servicio militar, no tienen derechos ni recursos para comprar un caballo o una panoplia.

bélicas. Para solucionar el tercer problema generalmente los ejércitos juntan diferentes cuerpos en el campo de batalla, para tener más posibilidades de encarar con éxito al enemigo y aprovecharse del terreno y de otros factores favorables.

Volviendo al comienzo del siglo V de los griegos, si excluimos ejemplos particulares como tesalios, beocios y macedonios en virtud de un mayor papel de la caballería, los ejércitos son constituidos sobre todo por infantería. En este contexto la batalla sigue generalmente el esquema básico de las dos formaciones rectangulares, con los hoplitas que chocan entre sí y empujan hasta la victoria de uno de los dos bandos. Los lados cortos de cada rectángulo tienen los flancos protegidos por los lados cortos de otras formaciones análogas, que se juntan hasta constituir una primera línea larga cientos de metros o más. Es el esquema que vemos en todos los ejércitos organizados sean los griegos, los macedonios, los romanos, los carolingios, los bizantinos *et cetera* hasta la edad napoleónica, que permite disfrutar al máximo las capacidades de cada soldado.

La participación en la ciudad, en sus instituciones y en sus actividades a nivel político, económico y cultural, subraya Aristóteles en el libro VII de su *Política*, permite al ciudadano expresar sus capacidades naturales y desarrollar una técnica (en el sentido etimológico de *technê*) que no podría alcanzar en otros contextos. Esta misma idea de organización y coordinación de las actividades individuales es reflejada en el campo de batalla por la formación de infantería, que permite entonces al guerrero aumentar su capacidad en la lucha, tanto en la ofensiva como en la defensa. Dice por ejemplo Damarato, rey espartano destituido y pasado al servicio de Jerjes, en ocasión de la Segunda Guerra Medica: “*Los lacedemonios en combates personales no son inferiores a nadie y, concentrados en un ejército, son los más valientes de los hombres.*” (Heródoto, 1999: 701) Prescindiendo de la preparación individual de los espartanos, contextualizada en una sociedad guerrera de larga tradición, el hoplita es lento y torpe, con un escudo muy pesado y un casco que reduce la visibilidad, por eso fuera de la formación no podría lograr grandes resultados. De hecho en la batalla de Platea es recordado Aristodemo, único superviviente espartano de las Termopilas, que sale de la formación para buscar la muerte y la encuentra (Heródoto, 1999: 902). Otro ejemplo recordado en las crónicas es el de Cinégiro, que en Maratón es menos desafortunado, perdiendo una mano en el intento de aferrar la popa de una nave enemiga (Heródoto, 1999: 622, 623). En la formación, al contrario, el guerrero es protegido por los escudos de los compañeros y puede avanzar lentamente contra el adversario, como una apisonadora armada de lanzas y defendida por un muro de bronce. Es posible que el hoplita se agache marchando contra el enemigo para ocultarse detrás de su escudo, con el hombro izquierdo apretado contra el cuenco y la cabeza que

sale por el borde superior hasta los ojos. En caso de disparo de flechas, dardos o jabalinas, el escudo puede ser momentáneamente levantado hasta cubrir el cuerpo de su portador de la trayectoria de los proyectiles.

Los historiadores suelen a menudo definir esta formación como “falange”, pero yo prefiero adoptar este término para la infantería macedonia y de los reinos helenísticos, en los siglos IV, III y II, y usar “muro de escudos” para el siglo V. El escudo en cuestión es el *hoplos*, redondo, con un diámetro de 80-125cm, constituido por un armazón de madera convexa reforzado por una lámina de bronce, al exterior, y un revestimiento de cuero, a su interior. El frente del escudo es decorado con un emblema: de la ciudad, de la familia, de los dioses protectores, y existen estudios muy específicos para intentar identificarlos. El borde, siempre de madera y bronce, ofrece al cuenco una ulterior protección para evitar que pueda doblarse. El nombre del guerrero deriva del de su escudo, es decir, hoplita, el “portador del *hoplos*”,²⁵ que se convierte entonces en el símbolo imprescindible de la infantería pesada griega. Relativamente ligero, con el peso de 4-8kg, puede ser agujerado por la estocada de una lanza y por un flechazo, como recuerda Jenofonte en *Anábasis* (Jenofonte, 2006: 164, 171). Las fuentes nos ayudan a descubrir los diferentes usos de estos escudos, que pueden ser empleados como espejos para enviar señales (Jenofonte, 2006: 218) o como caja para recoger el dinero (Tucídides, 1989: 716). Un hoplita, además, puede ser llamado “escudo” por metonimia (Heródoto, 1999: 503) y perderlo en batalla es una gran deshonra: es el caso de Cleónimo, tan criticado por Aristófanes en muchas obras y llamado con menosprecio “pierdeescudos” en *Las Avispas* (Aristófanes, 1987: 76).

El hoplita es protegido generalmente por un casco de bronce y muy usual a principio del siglo V es el modelo corintio, con o sin cresta, que vemos por ejemplo en el conocido busto de Pericles de los Musei Vaticani. Este modelo es pesado e incómodo, reduce la visibilidad y desaparece muy pronto de los campos de batalla, substituido por otros tipos como el pilos y el beocio. Estas nuevas variantes no tienen protecciones para la cara, las orejas, el cuello, pero aumentan la visibilidad y la capacidad del guerrero de oír las órdenes, requisito fundamental para coordinar las maniobras de la formación. En muchas pinturas vemos a los hoplitas llevar una cinta en la cabeza, debida a la ausencia de forro en el interior del casco. De todos modos una sutil lámina de bronce no puede parar los golpes directos (Tucídides, 1989: 371): hoy en día,

²⁵ “*Aspis*” es el termino griego para definir el escudo, mientras “*hoplos*” significa “arma”. En origen “hoplita” significa entonces “portador de armas” pero, cuando el término “*hoplos*” empieza a referirse a un tipo de *aspis* en particular, el guerrero que lo usa en batalla se convierte en “portador de escudo”. En el siglo XVI, por ejemplo, el término “rodadero” significa “portador de rodela”, aunque el nombre genérico en castellano es “escudo”. Doy las gracias al profesor y doctor Jesús María Nieto Ibáñez por su ayuda con los términos griegos.

por ejemplo, el casco más moderno y tecnológicamente avanzado puede ser fácilmente traspasado en la frente y en la nuca por un proyectil.

La coraza para el tronco, otro elemento fundamental de la panoplia a principio del siglo V, se divide generalmente en dos tipos: la coraza musculada de bronce, que reproduce la musculatura, con o sin capas de *pteruges* en el reborde inferior;²⁶ la coraza compuesta, constituida por diferentes placas de metal (peto, espaldar, hombreras y dos placas laterales para los flancos) insertadas en un forro de tejido o cuero y con dos o más capas de *pteruges*. Sabemos gracias a las pinturas que también los persas usan un modelo análogo de coraza, o *linothorax*. Las grebas con forma anatómica, por supuesto de bronce, completan la armadura del guerrero: apoyan su margen inferior en una liga, para evitar que el metal pueda rozar la tibia.

El arma principal del hoplita, fundamental en el muro de escudos, es la lanza, un asta de madera de fresno cerrada por una punta a un lado y un contrapeso en el otro. La punta, de hierro, es constituida por boquilla y hoja; el contrapeso, de bronce, por boquilla y garra. El contrapeso y un mayor diámetro determinan que el punto de equilibrio esté en la parte inferior del arma, donde el guerrero la sujeta, así la parte más larga puede salir del muro de escudos. En la batalla de Platea vemos por ejemplo como la infantería persa intenta romper las lanzas de los hoplitas espartanos, para desarmarlos (Heródoto, 1999: 896). Completa el equipo una daga, el arma secundaria del guerrero que la desenvaina como *extrema ratio*. Por supuesto existen diferentes tipos, de diferente tamaño y longitud, pero los más conocidos son el modelo cruciforme (*xiphos*), con hoja recta de doble filo, y la falcata (posiblemente *machaira*), con hoja curva y empuñadura igualmente curva, para proteger los nudillos. La daga es fijada al hombro derecho por un tahalí, muy a menudo en cordel, que cruza transversalmente el pecho y deja el arma en el flanco izquierdo, lista para ser desenvainada con la mano derecha.

²⁶ Los *pteruges* son tiras de cuero o metal, que constituyen una especie de falda alrededor de la parte más alta de los muslos del guerrero, para proteger la ingle. Por lo menos dos capas se superponen, para que la superior pueda cubrir los intersticios de la inferior.

Imagen 2



Kylix, siglo V, Koninklijke Musea voor Kunst en Geschiedenis, Brussel.
 Hoplita con panoplia completa (casco corintio con cresta, grebas con ligas, coraza compuesta con *pteruges*, escudo; nótese la cinta en la cabeza) y lanza.

Este monumento de bronce es increíblemente caro: ofrecer las armaduras de los enemigos vencidos a los dioses, sobre todo si el número es de 300, debe de ser un homenaje muy apreciado (Tucídides, 1989: 336).²⁷ Aristófanes nos ayuda a calcular el precio de la panoplia, refiriendo en *La Paz* (421) el coste de una coraza, 10 minas, y de un casco, 1 mina (Aristófanes, 1987: 174, 175), cuando un hoplita gana 2-3 óbolos diarios (Tucídides, 1989: 262, 500).²⁸ Por eso no nos debe sorprender la desesperación del fabricante de armas en la comedia, cuando el protagonista Trigeo libera la Paz y la trae a Atenas.

Dos son los adversarios más peligrosos del hoplita, en un contexto que con un término moderno podríamos definir “guerra asimétrica”, por el hecho

²⁷ Algunas de estas ofrendas han sobrevivido en parte hasta nuestro presente y constituyen fuentes arqueológicas fundamentales, también en virtud de las informaciones grabadas por el vencedor sobre el vencido.

²⁸ 1 mina (431gr de plata) = 100 dracmas; 1 dracma (4.31gr de plata) = 6 óbolos (1 óbolo = 0.72gr de plata) (Bettalli, 2006: 177). 1 mina = 600 óbolos, el sueldo de 200-300 días; 10 minas = 6.000 óbolos, el sueldo de 2.000-3.000 días.

de no corresponder a su usual manera de luchar: infantería ligera, sobre todo arqueros, y jinetes. Estos dos cuerpos pueden aprovecharse de su superior movilidad, velocidad y agilidad para disparar contra la infantería pesada, lenta y torpe como hemos dicho, retirándose sin darle la posibilidad de contraatacar. Los jinetes, hemos visto en Platea, son particularmente útiles a la hora de defender a los infantes de su bando si se retiran. Los arqueros a caballo, en particular, son los enemigos tradicionales y más peligrosos de la infantería pesada a lo largo de la historia, pensamos por ejemplo en los hunos o en los mongoles: disparan y huyen, juntando la velocidad del caballo al alcance del arco. Muchas, en nuestras fuentes, son las ocasiones en las cuales los hoplitas están en apuros, hasta derrotados por estos dos cuerpos, véase por ejemplo el enfrentamiento con los jinetes siracusanos, tesalios o beocios y los peltastas²⁹ tracios, en particular en la expedición a Sicilia de la Guerra del Peloponeso o en la incursión en Tracia de los “Diez Mil” de Jenofonte. Los persas aqueménidas, como casi todos los ejércitos orientales de la historia por lo menos hasta los primeros dos siglos de la Edad Moderna, disponen de un buen porcentaje de infantería ligera, tiradores y jinetes, como vemos por supuesto en ocasión de las Guerras Medicas.

De hecho la formación de infantería pesada tiene dos lados desprotegidos, es decir, el flanco derecho, porque los guerreros tienen el escudo en el brazo izquierdo, y las espaldas, en correspondencia de la última línea. Jenofonte nos describe una formación circular a la hora de cruzar un río, para protegerse a 360°, pero es un caso bastante aislado en nuestras fuentes (Jenofonte, 2006: 349). Esto impone a los estrategos, sobre todo cuando encaran enemigos con un buen número de tiradores, incluir en el ejército análogas tropas. En Maratón la solución mas rápida a la lluvia de flechas que los arqueros persas desencadenan contra los hoplitas es la carrera,³⁰ por supuesto sin romper la formación, que permite a los guerreros disminuir el tiempo durante el cual están al alcance de los tiradores enemigos sin gozar de la posibilidad de contraatacar. En ocasión de la batalla de Platea, por ejemplo, el “muro de escudos” de los espartanos es atacado por arqueros y jinetes persas, forzando a los lacedemonios a pedir la ayuda de los tiradores atenienses. Pero los tiradores y los jinetes, si excluimos ocasiones

²⁹ El nombre “peltasta”, de la misma manera que “hoplita”, deriva del escudo, “pelta”, que tiene la forma de una medialuna. Encontramos una excelente descripción de los peltastas en Heródoto (Heródoto, 1999: 688) y en particular recordamos las jabalinas, el escudo ligero y la ausencia de coraza.

³⁰ Marchar, y sobre todo correr al paso, de la misma manera que descomponer una formación para formar otra, es particularmente difícil en ausencia de entrenamiento y disciplina. Los instrumentos musicales ayudan a coordinar el ritmo del paso, mientras las trompetas comunican las órdenes.

extraordinarias, son tropas de apoyo que no pueden resolver una batalla, incluso en el ejército persa: lo hemos visto en Platea, donde a la derrota de la infantería de Mardonio sigue la de todo el ejército.

Tres siglos después, otro ejemplo, en Palestina los guerrilleros macabeos de Judas el “martillo de Dios” consiguen derrotar a la infantería pesada seleucida a través de emboscadas en los desfiladeros, en muchas ocasiones, pero fracasan brutalmente cuando encaran la falange en una batalla campal, auxiliada en este caso por carros falcados y elefantes (batalla de Beth-zachariah, 162).³¹

En este breve trabajo hemos podido apreciar y mostrar al lector el valor y la importancia de la coordinación de las acciones individuales de los infantes en la formación de batalla. Tanto en el contexto de la vida ciudadana como en el del enfrentamiento contra el enemigo, hemos visto, los griegos demuestran el valor del arte del ingenio, que permite a los seres humanos juntar sus fuerzas individuales y acrecentar sus posibilidades para oponerse a los desafíos, sean estos un hecho usual y natural como una sequía o un acontecimiento extraordinario como la invasión de los persas. En concierto con los conocimientos técnicos, la experiencia, la tradición militar, las capacidades de los oficiales, el entrenamiento y la astucia en el planteamiento de la estrategia, esta capacidad permite a un hueste en inferioridad numérica, aplastante por lo que concierne a caballería y arqueros, parar la invasión de uno de los ejércitos más numerosos que Asia haya desencadenado contra Occidente. La posibilidad de organizar, coordinar y armar a la infantería pesada será la fuerza que permitirá a los sucesivos conquistadores occidentales, es decir, los macedonios con sus falanges y los romanos con sus legiones, emprender algunas de las campañas militares más brillantes de la historia.

* La idea de la oposición dicotómica griego libre – persa esclavo, empujado en batalla con el látigo, no es un simple cliché expresado por nuestras fuentes. En el mundo helénico los oficiales son elegidos, las decisiones compartidas y los guerreros motivados a luchar a través de arengas. Los reyes persas piensan que la fuerza reside en el número, en el oro y en el látigo, mientras Heródoto pone de manifiesto por ejemplo como los atenienses son más eficaces en batalla después del derrocamiento de la tiranía, motivados a luchar para guardar su propio interés: la propiedad, la libertad, incluso la felicidad (Heródoto, 1999: 530). en batalla con el látigo, no es un simple cliché expresado por nuestras fuentes. En el mundo helénico los oficiales son elegidos, las decisiones compartidas y los guerreros motivados a

³¹ Encontramos una descripción muy detallada de la revuelta y de las tácticas de los macabeos en los dos homónimos libros del Antiguo Testamento, sobretodo en 1 Mac.

luchar a través de arengas. Los reyes persas piensan que la fuerza reside en el número, en el oro y en el látigo, mientras Heródoto pone de manifiesto por ejemplo como los atenienses son más eficaces en batalla después del derrocamiento de la tiranía, motivados a luchar para guardar su propio interés: la propiedad, la libertad, incluso la felicidad (Heródoto, 1999: 530).

** Doy las gracias a la profesora Sharon Powell por la traducción.

Referencias

Fuentes

- Aristófanes (1987). *Las Avispas*. Madrid: Cátedra.
- Aristófanes (1991). *Los Caballeros*. Madrid: Cátedra.
- Aristófanes (1987). *Lisístrata*. Madrid: Cátedra.
- Aristófanes (1987). *La Paz*. Madrid: Cátedra.
- Aristóteles (2011). *Política*. Madrid: Tecnos.
- Esquilo (1983). *Los Persas*. Madrid: Cátedra.
- Heródoto (1999). *Historia*. Madrid: Cátedra.
- Jenofonte (2006). *Anábasis*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tucídides (1989). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid: Alianza Editorial.

Manuales

- Bettalli, M. (2006). *Storia greca*. Roma: Carocci.
- Liverani, M. (1995). *Antico Oriente. Storia, società, economia*. Roma-Bari: Laterza.
- Sayas, J. J. (1989). *Historia de Grecia Antigua*. Madrid: Cátedra.

Monografías

- Campbell, D. B. (2012). *Spartan warriors. 735–331 BC*. Oxford: Osprey.
- De Souza, P. (2003). *The Greek and Persian Wars 499–386 BC*. Oxford: Osprey.

- Fields, N. (2007). *Termópilas. La Resistencia de los 300*. Oxford: Osprey.
- Green, P. (1924). *The Greco-Persian wars*. Berkeley and Los Angeles: Universtiy of California press.
- Hanson, V. D. (2001). *L'Arte occidentale della guerra. Descrizione di una battaglia nella Grecia Classica*. Milano: Garzanti.
- Hanson, V. D. (1999). *The wars of the ancient Greeks*. London: Cassell.
- Heather, P. (2006). *La Caída del imperio romano*. Madrid: Critica.
- Sekunda, N. (2002). *Desafío heleno a Persia*. Oxford: Osprey.
- Sekunda, N. (2000). *Hoplitas, guerreros de leyenda*. Oxford: Osprey.
- Sekunda, N. (1998). *The Spartan army*. Oxford: Osprey.
- Shepherd, W. (2012). *Plataea 479 BC. The Most glorious victory ever seen*. Oxford: Osprey.
- Strauss, B. (2007). *La Forza e l'astuzia. I greci, i persiani, la battaglia di Salamina*. Roma-Bari: Laterza.

Recebido: 30 de setembro de 2012

Aprovado: 30 de novembro de 2012